
Calcidio, *Traducción y comentario del Timeo de Platón*, Introducción, traducción y notas de Cristóbal Macías Villalobos, Pórtico, Zaragoza, 2014, 425 pp. [ISBN: 978-84-7956-134-5]

El libro del que ahora nos ocupamos es la primera traducción al español de la obra de Calcidio, un autor seguramente de finales del s. IV d. C. que, supuestamente, a petición de su amigo Osio, elaboró una traducción latina de parte del *Timeo* (17a-53c) y el comentario de una parte del diálogo platónico (31c-53 c). Con ésta disponemos de otras dos traducciones de la obra de Calcidio a lenguas modernas, una al italiano, de Claudio Moreschini, del 2003, y otra al francés, de Béatrice Bakhouché, del 2011.

Según señala el autor, este trabajo, publicado en Pórtico, fue concebido inicialmente para su publicación en la Biblioteca Clásica Gredos por el año 2007 (cf. p. 72), lo cual explicaría todas las características de estructura y formato que el trabajo presenta. El hecho de que Gredos desde que quedó en manos del grupo RBA apenas publique algún título al año de la BCG llevó al autor, tras siete años de espera, a derivar su trabajo hacia la editorial zaragozana después de conseguir el pertinente *placet* de RBA.

Como señala el propio autor (*ibid.*), cuando se planteó su publicación en Pórtico, dado el considerable tiempo pasado desde que el original fue entregado a Gredos, debió acometer una completa revisión de la obra inicial, sobre todo porque ha tenido que incorporar los resultados de la investigación sobre el autor y su obra desde aquel ya lejano 2007. Eso le ha obligado a actualizar la Introducción que redactó en su momento y el aparato de notas y a ampliar notablemente ciertas partes de la misma, como la relativa a la influencia y recepción de Calcidio, cuestión ésta de suma importancia para entender y valorar al autor latino, pues todo apunta a que el uso que de su traducción y comentario se hizo por parte de sus contemporáneos fue, como mínimo, reducido, y que fueron los hombres del Medievo los que supieron sacar todo el provecho de los mismos, al no disponer apenas de otros útiles para acercarse a la obra del gran maestro griego. El Renacimiento también supo valorar las aportaciones calcidianas, como demuestra el trabajo de Marsilio Ficino, un humanista italiano que en su vida nunca dejó de estudiar el *Timeo* platónico y que ya en su madurez publicó un *Compendium in Timaeum*, un comentario de la obra platónica acompañada de una traducción que el autor debió hacer entre los años 1466 y 1468.

El trabajo del profesor Macías se compone, como suele ser habitual en obras de esta índole, de una amplia introducción, una completa y muy actualizada bibliografía, la traducción y el comentario de Calcidio al *Timeo*, este último acompañado de un amplio aparato de notas, imprescindible para comprender un texto de la complejidad del *Timeo*, un índice de nombres propios y otro de materias.

La traducción sigue la edición latina de Waszink, de la cual apenas se aparta en unos pocos pasajes. En ella el autor, según confesión propia (p. 73), ha tratado de conjugar el respecto más escrupuloso al texto latino original con una versión española que sea fácil de seguir, y que no exija del lector ser un especialista en la materia para desentrañar un texto con fama de oscuro ya desde la Antigüedad, lo cual explica el gran número de comentarios que desde entonces se han elaborado, incluyendo un cierto número de ellos en lengua griega. Creemos que este objetivo se cumple sobradamente, si bien es cierto que a menudo hay que acudir a las notas para comprender el sentido exacto que se trata de transmitir.

Deteniéndonos un momento en el *status quaestionis* de los estudios más actuales sobre Calcidio, que es el objetivo fundamental de la introducción del profesor Macías, hay que empezar

diciendo que Calcidio es el típico caso de autor del que apenas sabemos nada salvo por lo poco que él mismo dice en su obra de su persona y de las circunstancias en que elaboró sus escritos —esto en la conocida epístola dedicatoria a su amigo Osio (*Osio suo Calcidius*)— y lo que los especialistas, a veces con tesis muy ingeniosas y arriesgadas, han podido deducir de la lectura de sus textos.

Así, ya cada vez son menos los críticos que siguen defendiendo la tesis de un Calcidio, miembro de la jerarquía eclesiástica, relacionado con Osio, el obispo cordobés de la primera mitad del siglo IV d. C., que habría tenido un papel muy activo en la lucha contra el arrianismo, tesis que, además, suponía que nuestro autor sería hispano. En la actualidad, la opinión mayoritaria tiende a creer que nuestro autor pudo vivir y componer su obra en el entorno del Milán, capital del Imperio occidental, de finales del s. IV, en un ambiente cristiano y neoplatónico, el mismo en que se desarrolló S. Ambrosio. Según este planteamiento, Osio ya no sería el famoso obispo, sino un miembro eminente de la corte imperial, tal vez un funcionario.

Si nos detenemos un momento en la obra, sobre todo el *Comentario*, éste aparece dividido en dos partes: la primera, que explica los párrafos 31 a 39 del *Timeo*; y la segunda, los párrafos 40 a 53. En ella se incluyen también varios *tractatus*, a modo de monografías, sobre los demonios, el destino y la materia. Curiosamente, este tipo de comentario especializado fue relativamente frecuente en el periodo del medioplatonismo (ss. I-II d. C. sobre todo).

Aunque la estructura de la obra ha sido objeto de distintas interpretaciones, todavía sigue siendo respetada la propuesta por su editor, Waszink, que propone dividir el *Comentario* en una primera parte que abarcaría los caps. 8-267, dedicada a las obras de la providencia divina —con dos partes menores, los caps. 8-118, referidos a la creación del mundo, y los caps. 119-267, que retratarían la situación del mundo después de su creación—, más una segunda parte, que comprendería los caps. 268-355, dedicada a las obras de la necesidad y que vendría a coincidir prácticamente con su tratado sobre la materia.

Respecto a la obra, lo que queda claro es que a Calcidio le interesaron sobre todo los aspectos cosmogónicos del diálogo platónico, con un amplio espacio dedicado a la materia. Y frente a la idea planteada por algunos de que estaríamos ante una obra incompleta, parece que lo que conservamos es lo que Calcidio realmente escribió. Otra cosa bien distinta, y en la que no merece la pena entrar, es si en su plan inicial estaba el traducir y comentar la obra completa, o lo que hizo satisfizo completamente los deseos de su amigo Osio, el que, al parecer, le encargó el trabajo.

Otra cuestión muy debatida es la de las fuentes de que pudo servirse nuestro autor para la redacción de su comentario. Aunque si nos guiamos por los autores que menciona expresamente —y otros que no menciona pero que es fácil deducir que pudo utilizar— nos sale un elenco de autores no desdeñable —Platón, la fuente principal, Aristóteles, Filón, autores cristianos y textos bíblicos, Cicerón, Adrasto y Teón de Esmirna (para las partes matemáticas), el Pseudo-Plutarco y Nemesio (para el tratado sobre el destino) y Numenio (para el tratado sobre la materia)—, por lo general la crítica actual parece seguir apostando por una fuente casi única para el *Comentario* —Switalski por Posidonio, Waszink por Porfirio—, en la idea de que Calcidio no sería un autor original, sino un mero compilador. Sin embargo, Macías se inclina por considerar que la obra calcidiana es ecléctica, fruto de la selección de un cierto número de autores y obras, en la que, además, a veces es posible encontrar propuestas y desarrollos hasta cierto punto originales.

Respecto a su filosofía, se discute si ésta debe adscribirse al neoplatonismo, lo más obvio si nos atenemos al momento en que vivió nuestro autor, finales del siglo IV, o se debería situar dentro de los postulados medioplatónicos. Aunque nos pueda sorprender, parece haber bastantes

argumentos para considerar a Calcidio medioplatónico, en particular porque entre sus doctrinas destacan tres que pertenecen a esa escuela: la denominada teología de los tres principios —Dios, la forma o las ideas y la materia—, la teoría de los demonios —entendidos como seres intermedios entre dioses y hombres— y la teoría del destino —caracterizada por su intento de compatibilizar la libertad del hombre con la voluntad de la divinidad, manifestada a través de la providencia y el destino, lo cual convertiría a Calcidio en un defensor del libre albedrío y la libertad del hombre—.

Otros aspectos interesantes de su filosofía serían los relativos a la creación del mundo y del alma del mundo, así como sus ideas sobre el alma humana (caps. 221-235), en la que las partes del alma se distribuyen por el cuerpo humano de forma similar a las del cuerpo del mundo, por lo que se estaría ante la afirmación de la correspondencia entre macrocosmos y microcosmos. Además, no debemos olvidar que como buen platónico dedica también su espacio a la cuestión de la transmigración del alma.

Otro aspecto muy discutido sobre nuestro autor es su supuesto cristianismo. Aunque es cierto que menciona a algún autor cristiano y parece conocer las Escrituras, aunque sólo refiere partes del Antiguo Testamento, de esto no se tendría por qué deducir necesariamente su fe cristiana. A esta idea también parece oponerse su modo de tratar cuestiones filosóficas esenciales como el problema de Dios o el del alma humana. Por ello la *communis opinio* parece aceptar la condición de cristiano de Calcidio, como debió serlo su amigo Osio y el ambiente en que se desarrolló y escribió su obra en el Milán de finales del siglo IV, pero el suyo sería un cristianismo muy *sui generis*, pues nunca sacrificó los principios fundamentales del platonismo frente a los dogmas de la fe que supuestamente profesó, lo que le hizo bordear e incluso superar en ocasiones los límites de la ortodoxia.

De otro lado, incluso concediendo que se pueda discutir la originalidad de Calcidio como pensador, lo que parece fuera de toda duda es la indudable calidad literaria de nuestro autor, con un buen conocimiento del griego, que le permitió traducir directamente la obra de Platón —con una traducción que, comparada con la de Cicerón del mismo diálogo platónico, resulta más filosófica, mientras que la ciceroniana es más literaria—; con un buen dominio de la retórica, que ha llevado a algunos críticos a destacar su preciosismo formal; y, creemos, lo más importante, fue junto con Cicerón uno de los autores que más contribuyó a hacer del latín una lengua apta para la expresión de los conceptos filosóficos, gracias entre otras cosas al gran número de neologismos por él creados.

Como última cuestión tratada por Macías en su introducción, lo que sin duda convierte a Calcidio en un autor imprescindible —y extrañamente ignorado en muchos manuales de historia de la filosofía, sin olvidar que las historias de la literatura latina tampoco parecen tenerlo en cuenta— es que fue una de las pocas vías que tuvieron los sabios occidentales del Medioevo para acceder a la obra de Platón. Ello explica que el número de manuscritos que conservamos con partes más o menos extensas de los escritos calcidianos sumen unos 198 en el recuento hecho por Bakhouché, lo cual es un buen indicio de su popularidad.

A este respecto, el auténtico descubrimiento de Calcidio durante el Medioevo se produjo en el siglo XI y sobre todo en el XII, cuando la Escuela de Chartres, principal centro de difusión del platonismo medieval, se encontraba en su apogeo. Otro momento de máxima influencia de nuestro autor fue el siglo XV y en Italia con la figura de Marsilio Ficino.

La llegada a Occidente de la obra de Platón y el aumento del conocimiento del griego por los intelectuales supusieron el inicio de la decadencia de la influencia de Calcidio, pues ya no

resultaba imprescindible para conocer el pensamiento del maestro griego, sino que éste se podía hacer directamente sobre los originales a él atribuidos.

A partir de lo dicho, podemos concluir que el trabajo del profesor Macías va a permitir a un público no especialista acercarse a un autor que hasta ahora había sido coto casi exclusivo de contados estudiosos de la historia del pensamiento platónico, público que además encontrará en sus páginas una completa puesta al día de lo que esos mismos estudiosos han opinado o conjeturado sobre nuestro autor.

José Luis Jiménez Muñoz
Universidad de Málaga
E-mail: jluisjimenez1@gmail.com
